

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

El país de los ciegos o el sexo de los ángeles

Autor/es:

Montiel, Alejandro

Citar como:

Montiel, A. (1998). El país de los ciegos o el sexo de los ángeles. La madriguera. (5):55-55.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41632>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



El país de los ciegos o el sexo de los ángeles

Cuenta H.G. Wells en *The country of the blind* (1899) que cierto viajero, tras sortear numerosos escarpes y farallones, alcanzó un remoto valle cuyos habitantes eran ciegos desde tiempo inmemorial. A Núñez, que así se llamaba el extranjero, se le hizo la boca agua repitiéndose como una letanía aquello de que "en el país de los ciegos, el tuerto es rey", pero el adagio recibiría en su caso un severo mentís.

Wells narra con suprema astucia cómo aquellos ciegos vivían por la noche y dormían por el día, cómo habían ordenado eficazmente su ciudad ateniéndose a los sentidos del olfato y del oído y cómo incluso habían creado una singular religión que dividía a los pobladores del mundo en animales, hombres y ángeles, seres estos últimos que podían oírse pero no tocarse. De poco le servió a Núñez proclamar que con este término se referían a los pájaros, porque el extranjero fue juzgado por todos desde el primer momento como un perfecto imbécil, como un bruto que tropezaba por doquier y que no decía más que disparates. En fin, como un hombre a medio hacer. Así que los ciegos no coronaron rey a Núñez, pero tampoco lo quemaron por hereje: en un gesto de admirable tolerancia, lo redujeron sólo a una envilecedora servidumbre.

La euforia vigente en torno al cine español se fundamenta en sólidos argumentos cuantitativos, pero la discusión, ya no de la calidad (casi siempre bizantina), sino de los contenidos, permanece relativamente inédita. ¿O es que acaso todos los cineastas españoles se han puesto de acuerdo para hablar del sexo de los ángeles? "Anarquista -opinaba Valéry- es el observador que ve lo que ve y no lo que es costumbre que se vea. Y razona sobre ello". Pero, salvo en el país de los ciegos, para prosperar en cualquier otro lugar del mundo todo lo que uno debe hacer es proveerse de las convenientes anteojerías (palabra ésta muy del gusto de Juan Goytisolo). A los buenos ciudadanos no se les impone que vean La Realidad, esa

implacable e inamovible Religión de final del milenio.

Ocurre con el cine como con el arte en general en la Sociedad del Espectáculo de la que hablaba Guy Debord: "Desde que el arte ha muerto, sabemos que es sumamente fácil disfrazar de artistas a los policías". Y, glosando esta frase, añadía Félix de Azúa: "De manera que los artistas hacen de policías: dicen quién es artista y quién no lo es, o denuncian a los ciudadanos que detestan las obras de arte que ellos producen."

En estas circunstancias, echamos de menos voces que se sustraigan a la unanimidad y complacencia vigentes y que, como Roland Barthes, se sientan obligados a susurrar: "atraveso sutilmente la noche reaccionaria". ¿O acaso es un problema "menor" que en España no haya buenos guionistas, como se corea tan a menudo? Después de haber homenajeado recientemente y con toda justicia a Rafael Azcona, mucho nos tememos que haya que esperar más de una generación para regalar a otro guionista, como premio a una dilatada y admirable trayectoria profesional, una nueva y pesada efigie del baturro.

Pues también parece haber cierta unanimidad en esto: en cine, como en arte, lo de menos son las ideas, entendiendo por ideas, hasta nueva orden, aquello de lo que se puede hablar, y no la misteriosa cualidad artística del objeto (el cuadro, el film).

Pero "tener una idea en cine" es difícil, como sabemos por Gilles Deleuze (*Archipiélago*, 22, otoño de 1995), sobre todo cuando estamos ingresando sin protesta en "sociedades de control" que sustituyen ventajosamente las "sociedades disciplinarias", caracterizadas, según Foucault, por la constitución de medios de encierro: prisiones, escuelas, talleres, hospitales.

El cine, como el arte, sustituye ventajosamente estas anticuadas instituciones represivas.

Alejandro Montiel